

“El viajar es un placer... que nos puede suceder...”

Dana Boscoboinik, alumna de 1° año de la Fundación Standard Bank

Todo empezó a mediados del 2006, cuando conocí a Ana, una amiga de mi compañera de departamento. Entre mates me contó que en poco tiempo viajaría a Nueva Zelandia con una visa de trabajo por un año. Esa idea quedó rebotando en mi cabeza.

Decidí planificar mi propio viaje. Como primer medida, volví a casa de mi mamá, para poder ahorrar mis sueldos de cerrajera, cadete y camarera... tenía jornadas extremadamente extensas, pero todo esfuerzo era válido cuando recordaba el propósito... la paradisíaca isla del Pacífico.

En noviembre, cuando ya tenía una buena suma de dinero, fui a aplicar la famosa “Working & Holiday” para Nueva Zelandia, trabajo y vacaciones. Entre cuentas de banco, justificación de fondos, y aptos médicos el 1 de diciembre, llegó mi pasaporte con el visado. El 14 de diciembre subo por primera vez a un avión.

En el aeropuerto de Auckland me estaba esperando mi futura compañera de viaje, caminé con mi equipaje hasta su encuentro. Primer enseñanza: nunca llenar tanto la mochila.

El primer mes estuvimos en Auckland, trabajamos de marineras arreglando un velero en tierra que pronto zarparía rumbo a las islas de la Polinesia. Nuestros compañeros de trabajo eran Serafín, de Uruguay, Ronnie y Thai, una pareja de portorriqueños. Nuestro jefe era Jeff, un Californiano que nunca quedo muy claro como había llegado a aguas neocelandesas.

Un mes en Auckland fue suficiente, recorrimos sus alrededores y luego partimos hacia Gisborne.

En Gisborne viví en un backpacker con gente de todas partes del mundo. China, Alemania, Suecia, Brasil, Chile, Inglaterra, EEUU, eran algunas de las nacionalidades alojadas en el hostel.

Es la primer ciudad que amanece en año nuevo, así que para festejar organizamos una cena entre todos los hospedados. Esa noche cada uno cocinó la comida típica de su país; probé sushi, feijoada, y el butter chicken, un plato de India, que tenía arroz, pollo y una salsa cremosa bien especiada; sin duda, fue mi preferido.

Sentada en la mesa me enfrentaba a un problema... no sabía inglés. Había tomado unas clases de pequeña, nunca me había resultado fácil, y la vergüenza a lanzarme con el inglés rústico era mucha, por eso mis primeros intercambios fueron con chilenos y brasileros.

La ciudad está rodeada de campos, principalmente trabajamos en plantaciones de manzanas, mandarinas, naranjas, y viñedos; en general nuestros empleadores eran hindúes, y nuestros compañeros, además de latinos y europeos, eran maoríes, los nativos de la isla. Fue así que almorzando en esos cortos descansos bajo algún árbol frutal, entre señas y Anita de traductora, aprendí de la cultura india, de los saludos maoríes, comí fish and chips, y me enseñaron canciones en inglés.

Ana tenía fecha de vuelta a Argentina. El día en que partió, tuve emociones encontradas... por un lado miedo por no conocer el idioma y por el otro, la felicidad de aventurarme sola.

Después de acompañarla al aeropuerto, fui a la casa de unos amigos brasileros, hablé con Leco Costa, un personaje de Brasil que me propuso ir a Mount Maunganui. Allá empezaba la temporada de embalaje de kiwis, y en la Huka Pack, el nombre de la planta que empacaba la fruta, Leco tenía trabajo asegurado, e iba a hacer lo posible para que también me contraten.

Dicho y hecho. A la semana partimos al Mount, y a los dos días ya estaba en la fábrica, armando cajas para embalar, con Rose, una neocelandesa, que me explicaba y me mostraba el trabajo: -armá la caja con una bolsa adentro, ponela en la cinta-, yo asentía con la cabeza y repetía: -Yes, yes, no, ok-. Rose, sin duda, estaba acostumbrada a que la mayoría de los empleados fueran de otras partes del mundo, y no todos dominaban el idioma, por eso agradecíamos su paciencia.

OH My God! Las 10 horas de trabajo mecánico y en silencio podían llegar a enloquecerme...

Pero a los pocos días, se hizo la luz... en mi línea de trabajo conocí a Pajina, una checa muy simpática de unos 30 años, que tampoco hablaba inglés pero que tenía muchas ganas de charlar, lo cual iba a hacer mas llevadero el trabajo. Yo checo no sabía y ella español tampoco, así que me saqué la vergüenza y con los recuerdos de mis clases de inglés de niña, las conversaciones empezaron a ser cada vez mas fluídas. Pajina y yo nos complementamos muy bien a la hora de hacernos entender.

Trabajar en una fábrica cosmopolita hacía el trabajo muy divertido. Había muchísimas nacionalidades, todas en un mismo galpón, con sus lenguas, sus costumbres y muchas ganas de conocer al resto de los viajeros.

Lo mismo pasaba en las salidas nocturnas, tomando algo, un poco mas distendido y desvergonzado, uno se comunicaba en inglés como si hablara de toda la vida, y te detenías cuando escuchabas un "sho", buscando por las mesas ese acento argentino.

Cuando me tocó partir del Mount, fue con felicitaciones de Rose, por mi mejora en el idioma, y con una gran fiesta de despedida, que organizamos con Estefi, mi flatmate de Chile, en nuestra casa, de Valley Rd. famosa por sus fiestas, divertidas y multiculturales, había brasileros que tocaban guitarras y percusión, maoríes que se

lucían con su free style, chilenos que hacían tragos, entre los que recuerdo.

Antes de volver a Argentina, viajé un poco mas por la Isla Norte, entre los lugares que recorrí, fui a Wellington, ciudad capital de Nueva Zelandia, ahí recorrí museos, vi bailes autóctonos, comí empanadas chilenas, todos, en este esplendorosa ciudad, tenían un espacio para desarrollarse y mezclarse con los lugareños.

Así fue ocurriendo mi viaje, entre trabajos y paisajes, amigos y salidas, siempre intercambiando con personas de diferentes partes del mundo .

Cuando volví ya manejaba el inglés y el portugués, lo que me abrió las puertas a un nuevo trabajo en un laboratorio suizo que comercializaba productos de veterinaria. El idioma fue indispensable a la hora de tratar con los proveedores.

Al poco tiempo de trabajar, mi jefe nos preguntó quién tenía el pasaporte vigente para viajar a Costa Rica, - YO!!!- mis documentos en regla, y las ganas de conocer el mar Caribe, hicieron realidad el viaje.

La tarea que había que llevar a cabo era totalmente nueva en referencia a mis actividades dentro de la empresa, me estaban dando rienda suelta y no podía fallar, la misión era hacer una demostración de producto para capturar nuevo clientes y buscar posibles representantes para Centro América.

Llegué al aeropuerto abrigada del invierno porteño al calor costarricense, ahí me esperaban futuros clientes para llevarme al hotel, pero sin antes pasar por un restaurant a comer frijoles con carne, ya que era la hora de la cena, las 19:30!!

A la mañana siguiente, 7 am desayuné frutas tropicales y gallo pinto, un revuelto de huevo y porotos, para ir a visitar fincas y laboratorios; a los dos días mi trabajo ya estaba concluido, así que de la mano de mis amables colegas, recorrí el país caribeño del Pacífico al Caribe, y lo sorprendente como una semana fue suficiente para pasear casi por la totalidad del territorio.

Con 40 grados de térmica, selva, humedad, y porotos de desayuno, noté mi capacidad de adaptarme a climas, geografías y constumbres distintas.

Las ventas que conseguí fueron a raíz de aplicar las herramientas con las que contaba: conocimientos completos de lo que estaba ofreciendo, poder de negociación, ya que sabía los costos a los que incurría la empresa, pero la mas innata y no menos importantes que las demás, la simpatía .

Estas herramientas, y mi experiencia en NZ, en donde aprendí disfrutar el estar lejos, conocer y adaptarme a otros lugares del mundo, contribuyeron al éxito de mi viaje de negocios.

Hoy mis clientes de Costa Rica pasaron a ser amigos, y aunque no trabajo mas en el laboratorio, mantengo el

contacto.

Al poco tiempo surgió la posibilidad de un viaje a Europa. El laboratorio me mandaba a conocer la planta en Suiza y yo aprovechaba el aventón para visitar a mi tía en Barcelona. Los preparativos fueron diferentes. Para solventar mi viaje a la ciudad catalana, decidí llevar mi producción de hebillas artesanales en plata.

Allá me sentí en la Buenos Aires europea, ciudad cosmopolita, con muchísimos eventos culturales, y excelente arquitectura.

Cada nacionalidad cumplía un rol, pero hubo tres que llamaron particularmente mi atención, me hacían sentir como en casa: los pakistaníes, tenían supermercados y restaurantes, acá en Argentina, hubieran sido los chinos; los marroquíes vendían latas de cerveza en la calle, de la misma manera que a la salida de un recital en Obras Sanitarias; como en la avenida Santa Fé, las peruanas venden ropa interior, los africanos ofrecían carteras que exponían en un paño atado de sus cuatro puntas para que en el momento que pasara la policía, levantarlo como una red de pescador y salir corriendo.

Después de un breve paso por Barcelona, partí a Suiza, ahí si que la gente es prolija, y que el intercambio con personas es mas complicado, por lo tanto me limité a mis tareas laborales, a recorrer preciosos lugares y disfrutar de la arquitectura medieval que caracteriza al país.

Cuando llegué compartí una cena con una persona que estaba interesada en expandir su negocio de venta de zapatos de cuero. Para eso quería ampliar su mercado hacia Europa, mientras charlábamos le comenté que tenía que tener en cuenta que, generalizando el objetivo de su empresa: “vender calzado nacional en Europa” podía no maximizar sus ventas, ya que en las diferentes regiones había diferentes mercados, simplemente deteniéndose en los estilos del público que podía acceder a un zapato de cuero, en Barcelona se podía apreciar la moda de vanguardia, como la que estamos acostumbrados a ver en el barrio de Palermo, mientras que en Suiza, el estilo es más clásico. Si no hubiera visitado estos lugares, no hubiera podido distinguir esta diferencia y en este caso, asesorar a este comerciante con un pequeño detalle que no estaba teniendo en cuenta.

Llegaron las vacaciones, y la segunda visita a Europa, fue cancelada por la quiebra de la aerolínea con la que iba a viajar, rápidamente busqué otro destino, el norte argentino y Bolivia.

Como pasa en muchos lugares de Argentina, al tener geografías tan diferentes en tan extenso territorio, el norte

parece otro país, seco, en general despejado, con comidas muy baratas; pasé por muchas peñas, aprendí a bailar el gato, y varias canciones folklóricas que nunca hubiera conocido si no fuera porque en el interior del país se mantiene la cultura autóctona vigente, al alcance de la mano.

Cuando llegó el momento de cruzar a Bolivia, pensé que no estaba preparada a afrontar lo que me habían contado del país.

En Bolivia encontré una realidad tan cercana como diferente, que no me pasó en mis vacaciones en Chile, que es un país igualmente cercano pero se puede sentir la influencia argentina, como por ejemplo en la música, en las modas y en los estilos.

Simplemente cruzar las dos cuerdas que separan La Quiaca, en Argentina, de Villazón, en Bolivia hacen que la visual sea totalmente ajena.

Las comidas bien especiadas inundan de aromas las calles, mientras que las cholitas negocian con los turistas el precio de alguna artesanía o el de una cámara de fotos y llevan en sus espaldas toneladas de mercancías envueltas en telas multicolores, de un país a otro, donde el control es poco, o como estamos acostumbrados a llamar, el tráfico hormiga, donde el comerciante se ahorra el costo de exportación y hace que los valores de los productos, tanto electrónicos como alimenticios y otros, sean extremadamente bajos. Esta forma de comercialización cambió con la convertibilidad del peso argentino: antes del 2001 desde Argentina, cruzaban a comprar productos bolivianos a Villazón, ahora en los puestos de la ciudad boliviana el 80% de los productos de los mercados son argentinos.

Actualmente es el Estado Plurinacional de Bolivia, se proclama de esta manera ya que respeta todas las tradiciones y leyes de las diferentes culturas que habitan la región, como también consideran idioma oficial tanto el castellano, como el aymara, quechua y puquina, entre otros.

Bolivia me resultó un mundo aparte, viví situaciones que nunca había vivido como presenciar el nombramiento de un presidente indígena, como guía espiritual de los pueblos originarios.

En la mayoría de los casos las mujeres trabajan el campo, venden en los mercados y cargan en sus aguayos desde hijos hasta kilos de hojas de coca, mientras que su marido camina a la par con las manos vacías.

Uno de los casos que más me llamó la atención fue que los lustrabotas usan la cara totalmente tapada. No me gusta volver a Argentina y no tener historias, anécdotas y conclusiones que conversar con mis amigos, así que me acerqué a uno de ellos y le pregunté cuál era la razón, me contó que en general son chicos que estudian en la universidad y para pagar sus estudios trabajan de lustrabotas, el trabajo peor pago en Bolivia por eso se tapan la cara, para que no los descubran sus pares universitarios.

Mas allá de lo que a uno le cuentan, o lee sobre este país, el viaje me ayudó a entender la inmigración boliviana en Argentina, la cultura autóctona tan arraigada, y las diferencias sociales de esa nación.

Arrancaba el nuevo año, y decidí estudiar comercio exterior, para profesionalizar mi trabajo y poder aplicar todas mis experiencias en mi desarrollo profesional.

Los viajes permiten aprender de otras culturas, adaptarse a otras realidades geográficas y sociales.

Hay diferentes costumbres, gustos, músicas o comidas, en todo rincón del planeta, no todas aparecen en los libros o en las guías de viaje.

Considero que no hay mejor plan que aventurarse a nuevos lugares, descubrirlos desde adentro, llenándose de experiencia, y de ese modo encontrar similitudes o diferencias con otras regiones del mundo.

Estas experiencias y conclusiones ayudan a comprender la diversidad de realidades como consecuencia de distintas historias, ideologías y valores; son la manera de entender y respetar a todas las personas que habitan tanto en la propia nación como en las naciones extranjeras.

Estas enseñanzas son la forma de capitalizar mis viajes de mochila.